Domingo 30 junio 2019
El Evangelio de Hoy

Lc 9,51-62
Miren que subimos a Jerusalén

Después del tiempo litúrgico de Cuaresma y Pascua y de las grandes Solemnidades Pentecostés, Santísima Trinidad y Corpus Domini, retomamos este domingo el tiempo litúrgico Ordinario con la celebración del Domingo XIII. Dado que el número 2019 es múltiplo de 3, leemos este año, en la Liturgia de la Palabra, las lecturas del ciclo C, que toman el Evangelio de Lucas.

Este Domingo XIII del tiempo ordinario es muy oportuno para retomar la lectura del Evangelio de Lucas, porque precisamente en ese punto –Lucas 9,51–, comienza una nueva sección de ese Evangelio: la sección en que Jesús emprende el camino a Jerusalén. La llegada de Jesús a ese destino se lee en Lucas 19,41: «Al acercarse y ver la ciudad, Jesús lloró por ella». Su primer objetivo, como el de todo judío, es el templo: «Entrando en el Templo, comenzó a expulsar a los que vendían, diciendoles: "Está escrito: Mi Casa será Casa de oración". ¡Pero ustedes la han hecho una guarida de ladrones!» (Lc 19,45-46). Durante diez capítulos de su Evangelio, desde 9,51 hasta 19,45, Lucas nos presenta a Jesús en camino a Jerusalén, lo que indica la importancia que concede a ese viaje y a su meta. Expresa su tesis, con la respuesta que Jesús da a quienes quieren disuadirlo de seguir adelante: «Conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén» (Lc 13,33). Jesús sabe bien lo que le espera en esa ciudad.

Así adquiere sentido la primera frase del Evangelio de hoy: «Sucedió que, al cumplirse los días de su asunción, Jesús se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén». Hasta ahora, había desarrollado su ministerio en Galilea; ahora comienza su camino a Jerusalén. ¿Qué es lo que le hizo tomar esa decisión en ese momento? Es el cumplimiento de un tiempo establecido, que el evangelista expresa literalmente así: «Se cumplieron los días de su recepción en lo alto (análempsis)». Sabemos que Lucas es el único evangelista que nos relata la Ascensión de Jesús: «Este Jesús, de entre ustedes recibido en lo alto (analemphthéis), volverá de la misma manera que ustedes lo han visto irse al cielo» (Hech 1,9). Pero antes tiene que ir a Jerusalén a cumplir su misión, como lo anuncia repetidamente a sus discípulos: «Miren que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron sobre el Hijo del hombre; pues

será entregado a los gentiles, y será objeto de burlas, insultado y escupido; y, después de azotarlo, lo matarán, y al tercer día resucitará» (Lc 18,31-33; 9,22). Su firme resolución de cumplir esa misión, la describe el evangelista en forma muy gráfica: «Endureció el rostro para ir a Jerusalén». Es la expresión del rostro de quien va decidido hacia un objetivo, venciendo todo obstáculo.

Jesús viajó a Jerusalén atravesando Samaría. Así como, antes de empezar su ministerio, Dios envió un mensajero a prepararle el camino –Juan el Bautista–, como estaba escrito: «Yo envío mi mensajero (ángel) delante de ti, que te preparará el camino» (Lc 7,27), así también lo hace Jesús ahora: «Envió mensajeros (ángeles) delante de sí». Ellos entraron en un pueblo de samaritanos para preparar su llegada. Querer detenerse en un pueblo de samaritanos es una decisión de la condescendencia de Jesús. En efecto, los judíos y los samaritanos no se hablaban. Pero Jesús quiere beneficiar también a esos samaritanos con su presencia, como lo hizo entrando en casa de Zaqueo. Pero no quisieron: «No lo recibieron, porque iba dirigido a Jerusalén». Este es el primer episodio que ocurre en ese largo viaje. Indignados Santiago y Juan, manifestando, como judíos que son, su hostilidad con los samaritanos, dicen a Jesús: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?». Esperan que Jesús concuerde y Él actúe, porque ellos no tienen poder para eso. Pero poco conocen aún a Jesús. Él quiere el bien de esos samaritanos, un bien que ellos rehúsan. Ya es suficiente que Jesús siga de largo: «Se fueron a otro pueblo». Hasta hoy, estarán lamentandose esos samaritanos por no haber acogido a Jesús. Sufrieron lo que más temía San Agustín: «Timeo Dominum transeuntem» («Temo al Señor pasando de largo»).

Este es el contexto de los tres casos de seguimiento de Jesús que el evangelista relata a continuación: «Mientras iban caminando, uno le dijo: “Te seguiré adondequiera que vayas”». A éste Jesús lo previene para que su decisión sea informada: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». No sabemos cómo reaccionó. Pero es claro que quien quiera seguir a Jesús debe estar decidido a correr su misma suerte: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sigame» (Lc 9,23).

A otro es Jesús quien lo llama diciendole la palabra clave: «Sigueme». Pero éste pide dilación con la excusa, tal vez, la más atendible que se pueda pensar: «Dejame ir primero a enterrar a mi padre». Si nosotros esperaríamos

que Jesús cediera ante tan grave deber filial, es que aún no conocemos a Jesús ni sabemos quién es Él. Su respuesta nos revela lo absoluto, ante lo cual nada prevalece: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios». Nada debe anteponerse a la llamada de Cristo.

Por último, un tercero está dispuesto a seguirlo, pero pide sólo un tiempo: «Te seguiré, Señor; pero dejame antes despedirme de los de mi casa». Éste permite que algo lo distraiga de su misión, aunque sea sólo por un breve tiempo. Jesús le responde: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios». El Reino de Dios no admite distracción, como no puede distraerse quien está arando, porque entonces el surco saldrá torcido. Estos tres episodios de vocación resultan difíciles para la sensibilidad de nuestro tiempo. Pero lo que es cierto es que no podemos acomodar a nosotros la Palabra de Dios. Somos nosotros quienes debemos adoptar la Palabra de Dios como la Verdad y ajustar a ella nuestra vida. Cuando Dios llama, la respuesta debe ser inmediata y total. En cualquier otro modo no es respuesta.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles